

**Eduardo Labarca**

## **Cinturón sin hebilla**

Desde que una espina de erizo me dejó cojo tengo que gastar en taxi. "El uso del cinturón es obligatorio", leo cuando me subo. Pero en el asiento del pasajero el cinturón nunca tiene una hebilla donde encajarlo. Las explicaciones de los choferes santiaguinos son sorprendentes: "En el asiento de atrás no es obligatorio"... "Sólo vale para los taxis licitados"... "La hebilla está bajo el tapiz"... "Escondo la hebilla para que los niños no la rompan"... Anoto el número de teléfono para reclamos sabiendo que no llamaré.

Por si apareciera un carabinero, el chofer se tercia el cinturón sobre el pecho sin abrocharlo. Atrás hago lo mismo. Si chocamos nos sacaremos la cresta. Pero a él y a mí el cinturón suelto nos da seguridad. Es la seguridad insegura, frívola, que flota en el ambiente. La seguridad que nos brindan las gigantografías sonrientes, la farándula feliz, las mágicas tarjetas de crédito: "Compre ahora y no se preocupe de pagar". Comprar al tiro con la "seguridad" de pagar quizás algún día, circular en taxi con la "seguridad" de no estrellarnos.

Protagonizamos el show de la seguridad en un país donde la seguridad del trabajo, que antes fue un derecho, hoy constituye un golpe de suerte, como nos recuerda José Bengoa en su libro "La comunidad reclamada" (Catalonia). Al prometer previsión para todos, nuestra Presidenta nos ofrece un atisbo de seguridad abrochada a aquéllos y aquéllas que un día fuimos "pueblo" y que ella ahora llama "gente".